

EL DIA

EDICION EN HUECOGRABADO

Tomo II. — N.º 43. — Montevideo, Julio 23 de 1933

OCIO DOMINICAL EN EL PUERTO



(Foto J. Caruso).

HISTORIA de un DIA DOMINGO



LA MAÑANA

COMENCEMOS la "Historia de un día domingo". Esta historia es en verdad larga y fastidiosa. Nada hay más largo que un día domingo. Hemos salido a la calle; por todas partes hemos visto hombres y mujeres de fiesta. Sin embargo, nuestro ánimo no está en domingo: nuestro ánimo está por encima del almanaque y sus goces y tristezas no son los mismos goces y tristezas que el almanaque señala inexorable a los hombres.

Yo sé, sin embargo, de alguien que ama a domingo, todos los domingos. Es, por lo pronto, un hombre sencillo y bueno; son, acaso, todos los hombres buenos y sencillos de la ciudad. Ha llegado el domingo: un lindo día domingo con un cielo muy azul y un sol muy tibio que arrastra a todos fuera de la casa. Con su extraña psicología de almanaque, nuestro hombre advierte dentro de sí mismo un poco de esa fiesta que el sol ha enviado para todos. ¿Qué va a hacer, de extraordinario, este hombre vulgar que está de fiesta? Por lo pronto, va a sacar un "jaquet", fastidiosamente rígido, que desde años atrás solo conoce el sol de los domingos. Además va a sacar un bastón, un par de guantes, un par de magníficos zapatos de charol. El día es domingo; hay, para todos, un sol alegre y fraternal. Este bastón, estos guantes y estos zapatos de mi buen burgués son las prendas más felices de todos los roperos de mi ciudad, porque solo conocieron en todos los tiempos la luz cristalina del domingo.

Ya está vestido nuestro hombre; en una misma mano, como lo viera en mil elegantes de la ciudad, ha tomado el bastón y los guantes. Es un bastón absurdo y son unos guantes absurdos, porque ni aquel toca jamás el suelo, — destino lógico de todos los bastones, — ni éstos, — los guantes, — vienen por un solo instante a cubrir las manos vastas de su dueño. Es el destino torcido de mil objetos vulgares.

¿Qué sombrero va a ponerse nuestro héroe? Este es el punto capital de todas las indumentarias. El sombrero — sabedlo bien — es nuestra alma misma que asoma defuera. (¿Porque si nó, entre los cien sombreros de una percha elegimos de inmediato el nuestro?) Así este sombrero blando, negro, y que ha elegido nuestro hombre, está partido por el medio con extraordinaria y desesperante simetría. La misma simetría de su propia alma, de su propia vida. Este sombrero nunca ha dejado de ser nuevo, lo que tampoco quiere decir que no sea viejo. Tiene el contorno rígido e inflexible de todas las prendas nuevas; sin embargo, hace ya muchos años que viene cubriendo, durante los domingos, la cabeza vacía pero perfumada de nuestro hombre.

Ya está en la calle este hombre feliz de los domingos. ¿A dónde se dirige, ahora que ha volcado sobre sí todo el lujo de su ropero? Admirémosle en este inefable instante en que, contento de sí mismo, advierte que todos le admiran. Va despacio por la acera: va despacio porque sabe a dónde va. Ha doblado la esquina; una cuadra, otra cuadra... Luego, ha entrado en una confitería. Es un pequeño burgués hecho, como todos, de increíbles sensualismos. Ya está nuestro hombre, frente a una y otra vidriera, eligiendo — tan concienzudamente como eligiera entre cien estos zapatos que le van tan chicos — las masas de su domingo. ¡Las masas del domingo! ¿Acaso tienen estos luminosos días de fiesta otro atributo que mejor los defina? El domingo, para este hom-

bre y para los hijos de este hombre, es, antes que nada, el día de las masas. Acaso salga más tarde por las calles solitarias, del brazo de su señora, con sus dos niños destacados tres pasos adelante; acaso se meta con todos ellos en una victoria zigzagueante, rumbo a Palermo; acaso, en fin, les conceda luego con un helado en algún café de la Avenida... pero lo que ciertamente no dejará de hacer por nada en este magnífico día domingo de nuestra historia, es comprar al tiempo del almuerzo este paquete de masas, de veinte masas exactamente, que ahora, por un instante, serán la alegría, la inquietud, la esperanza de la mesa familiar.

LA TARDE

Ha pasado la mañana: los fiambres y las masas del domingo han cumplido ya su grato destino. Ha llegado el momento de volver a la calle. Nuestro hombre toma su mujer del brazo, destaca a sus dos niños tres pasos adelante y comienza a andar. Estos dos

cesa absurda de todas las torres que vive sin contento viviendo entre las nubes.

¿Dónde está, entre tanto, nuestro hombre virtuoso y prolífico? He aquí que, bajo la angustia de una grave duda, nuestra pluma se detiene. ¿Qué rumbo dar ahora a este reposado paseo dominguero de que somos fieles, celosísimos cronistas? ¿Seguiremos a pie nuestra ruta a través de las calles vacías? ¿Pondremos a nuestra gente en camino de Palermo? La cuestión está resuelta. Nuestro hombre ha compuesto un grave gesto de señor y ha parado un coche de alquiler. (El caballo único de este coche — excusad la digresión — tiene la rara virtud de no marchar jamás en línea recta. ¿No es esta la más corta, la más fácil? Advertid esto otro: estos equinos zigzagueantes son siempre los más flacos de carnes y de fuerzas. Advertid lo profundo de mi duda: ¿alargan el camino porque son débiles o son débiles porque alargan el camino?)

Con una indiferente expresión de circunstancias — como si no advirtiesen lo solemne del momento — los dos padres han subido al coche y se han sentado. Luego, bulli-

osamente, nerviosamente, los dos niños han ocupado el asiento pequeño del frente. El padre está molesto con esta alegría indiscreta de sus hijos y les hace callar. Luego, dado la orden de marcha. Los niños, en silencio, miran asombrados las calles, las masas, las gentes que pasan. Son las mismas calles y casas y gentes que vieron con indiferencia a su lado cuando momentos antes se sabían a pie, tomados de la mano. Las masas son las mismas, pero no los ojos que las ven. Porque estos ojos de ahora van en coche y son felices.

Rumbo a Palermo, mil otros coches van por la misma avenida, con mil familias iguales. Junto al lago en otra hora aristocrática detienen su marcha y hacen su corso. ¿Dónde están las siluetas graciosas y finas que dieran por la mañana tan singular encanto de elegancia a este mismo lugar? La fiesta de ahora, muy distinta, es una fiesta de descanso. Aquí hay rostros cansados, manos rojas y callosas... ¿Por qué venir en penosa emulación a este sitio que es plácido retiro de una vida más amable y feliz? ¿Por qué es el engaño? Fiesta absurda, la de esta gente en ese sitio. Fiesta absurda, a la vez ostentación y descanso... Son las señas de la tarde. Nuestra gente está de vuelta. Ahora las calles de la ciudad se van poblando. Hay, por lo pronto, en diez, en veinte, en treinta, diez y veinte parejas que se dicen adiós. (He aquí, otra vez, a la fregona de la plaza. De nuevo su vistosa falda roja y los dos pies deformes y sufrientes, calzados con extraordinaria justeza; en la bata, un cuello alto y duro impone a la cabeza su rigidez dominguera. Y como en la hora de la plaza, tomada de la mano por su galán, le oye y se deja desear. ¿No es este en verdad un burdo amor de umbral?)

Ya ha llegado el coche a su destino. Ya están todos de nuevo adentro de la casa. Los niños han abierto perezosamente los libros y han comenzado — el alma en otra parte — a estudiar las lecciones de mañana. ¿Qué ingrato es este estudio después de la fiesta! La madre, en silencio, tiende la mesa. El padre, perdido y sin rumbo adentro de su propia casa, vaga aburrido entre el pequeño patio y las habitaciones. ¿Qué tristeza tan honda, tan irreparable, la del anochecer de todos los domingos! Allí, lejos de su casa, desde su coche, desde su ilusión, nuestro hombre, desprendido del mundo, ha soñado una vida mejor. ¿Ha soñado...? Es lo mismo: se ha olvidado de sí mismo, acaso sin pensar en nada. ¿No es ésta una vida mejor? Ahora, la ilusión ha terminado. Ya esperan de nuevo — en desigual rotación — la lucha y el dolor. ¿Qué pequeño se siente nuestro hombre! ¿Qué pequeña su ilusión, su barata ilusión pagada con dinero!



niños van vestidos con prendas iguales — frutos mágicos acaso de una misma liquidación — y marchan de la mano, sin decirse nada, bajo la vigilante mirada de la madre que desde atrás los analiza y los admira. En este paseo familiar, puro y virtuoso, de todos los domingos, yo encuentro que está la más noble moral de mi ciudad. Este hombre, que tiene una mujer legítima y gorda y que se exhibe a su lado con rara desvergüenza es — no cabe duda — un hombre de bien. Mucha virtud es esta de salir a paseo con la propia mujer.

¿Dónde va, con su mujer y sus hijos, nuestro estoico hombre de bien? En verdad, ni ellos mismos lo saben. Su paso es lento y monótono. Es la monotonía del domingo, en la ciudad callada y sin vida. En las calles desiertas resuenan nuestros pasos con ecos extraños. La ciudad entera duerme, como un enorme comercio en descanso. Entre los hombres y la calle diríase que ha caído también una cortina de hierro, fría y ceñuda. Nunca más solos los hombres que en estas tardes vacías, silenciosas, del domingo.

Van pasando las calles. En la torre de una iglesia una campanita llama para el catecismo. Sobre el atrio bañado en sol se abre como una cueva la entrada del templo, llena de sombra, llena de misterio. Un hábito pesado se desprende de allí. Algunos niños salen lentamente de las casas vecinas, se detienen un instante en el atrio y se hunden después en la tiniebla. ¿No hay en todo esto misterio y poesía? ¿Será acaso esta iglesia un enorme palacio encantado? A la entrada, junto a la pila, hay una vieja bigotuda y viscosa. Es la bruja del palacio embrujado. Entra por allí la pobre carne tierna de cien niños robados al sol. Ya seguimos nosotros nuestro camino. Otra vida nos espera, allá adelante. Entre tanto, arriba en la torre de la iglesia, la campanita sigue llamando. Es la rubia princesa prisionera del palacio encantado.

Allá arriba, en su torre, clama por auxilio. Es, como en todos los cuentos, la prin-



JOSE PEDRO BELLÁN



#3USEASCO

SE cumple mañana el tercer aniversario de la muerte de José Pedro Bellán, escritor teatral de vasta obra y privilegiado talento, que, con Florencio Sánchez y Ernesto Herrera forma el triángulo básico de la dramática uruguaya.

Cada uno de estos escritores ha dejado una obra representativa de la época que le tocó actuar. José Pedro Bellán, más vidente, de penetración psicológica agudísima, se adelantó a su tiempo, dejando producciones que, como "Interferencias", tienen una significación superior a la sensibilidad y a la inquietud espiritual de su tiempo.

La novela y el cuento tuvieron en Bellán un cultor eficaz, pero fué en el teatro donde de más cumplida manera se manifestó el vigor de su talento, la potencia del pensamiento, y la ternura de que están saturados todos sus personajes dramáticos, alcanzando sonados éxitos que lo convirtieron en una de las firmas más cotizadas del teatro rioplatense.

Diversas entidades teatrales y corporaciones culturales recordarán mañana con actos públicos la obra y la persona de José Pedro Bellán.

LA NOCHE

Una mañana... una tarde... Falta la noche. Sin embargo, para muchos hombres sólo cuentan las horas de luz. Así, los días sólo tienen para ellos una mañana y una tarde. Porque mientras el mundo sigue su vida y su farándula bajo la luz de los focos eléctricos — sin advertir que ha terminado el día — ellos, rendidos, han entrado en sus casas, han comido con hambre de bestia un pedazo de pan y otro de carne, y se han echado, inertes, a dormir sobre la cama.

Pero, he aquí que este día de mi historia es un día domingo. Hemos dejado a nuestro hombre en su casa, triste con la tristeza de su propia pequeñez, con la tristeza final de los domingos... Su mujer y sus hijos... ¿Por qué querer más, por qué buscar lo impreciso y lo ignorado, si allí, a su lado, le espera la felicidad de la vida tranquila? Nuestro hombre, sin embargo, no ríe como ha reído en otras tardes a la vuelta del trabajo. Su angustia de ahora es la angustia de la vida monótona. Nuestro espíritu es heterogéneo y múltiple. La vida es una e invariada. De ahí la tristeza y el dolor que filtra la felicidad en nuestra alma cuando, ella también — la felicidad — es invariada y una.

¿Cómo va a terminar su domingo el hombre de nuestra historia? ¿Acaso va a resistir, en la calma oscura de su casa, a la tentación de la ciudad que le llama desde lejos? No, seguramente no. ¿No habéis advertido esa extraña zozobra que invade en las noches de fiesta a los hombres absurdos que se encierran en sus casas?

Es preciso salir, es preciso reír... Nuestro hombre acaso salga solo. Acaso, también, lleve consigo a su mujer. Si lo primero, le veremos marchar lento y sin rumbo hacia las calles del centro. Se detiene en las puertas de los teatros. Sigue con atención curiosa el tráfico de las esquinas. A la puerta de cada café escucha un compás y sigue. Sin quererlo, sus miradas de deseo ribetean el cuerpo de las mujeres que encuentran... Luces, música, teatros, mujeres... He aquí la vida múltiple y diversa de los hombres felices. ¿Será ésta la felicidad, por fin? Para pensarlo, nuestro hombre entra en un café; se sienta junto a una mesa y pide un vaso de cerveza. Todos hemos visto a estos hombres extraviados de la noche del domingo, que se sientan solitarios a beber con lentos movimientos un vaso de cerveza.

Pero acaso no sea este el final verdadero de mi historia. Acaso nuestro hombre ha lle-

vado consigo a su mujer. Será entonces una de esas tranquilas parejas que marchan a pie por la ciudad en las noches del domingo. Ingenuos y sencillos, tal vez les veamos luego entrar en la platea de un teatro nacional. Ya les vemos llegar con sus ganas, con sus excelentes ganas de reír o de llorar. En una confitería del camino, a ruegos de su esposa, nuestro hombre ha comprado un pequeño paquete de caramelos. Así, además de sus ganas de reír o de llorar, esta gente ha llevado al teatro un pequeño paquete de caramelos. Es un detalle grave en la historia que escribimos.

Porque — sábelo bien — la emoción artística de nuestro público resulta de una notable combinación del gusto y el sentimiento. Este caramelo que mi gruesa vecina se lleva periódicamente a la boca, integra en ella el goce artístico a que la localidad adquirida le ha dado derecho. Estos buenos burgueses del domingo tienen así sensualismos insospechados. ¿No lo habéis advertido? En el momento culminante, mientras el cuello y los ojos se estiran desesperados hacia la escena, la mano — como desprendida del alma — se escurre en el paquete de caramelos. Hay entonces un ruidito tímido, entrecortado, fastidioso. Y luego, entre dos

dedos, sube un caramelo hasta una boca.

La función, señores, ha concluido. Este es irremediable, fatal, el fin de la fiesta de mi Historia. Ahora, sin pensar en nada, regresa nuestra buena pareja vencida por el sueño. Ya están en la puerta de la casa. Ya están al borde de la cama, amplia y mullida. ¿Hay algo más confortante, más saludable, que una cama mullida para un hombre con sueño? Allí, entre las sábanas blancas, noche a noche perdonamos al mundo sus peores perrerías. Nuestro hombre, también, se siente invadido por un dulce optimismo. Buenas noches.

Roberto Gache



Cines



DANIELE PAROLA en la película "F. P. L. no contesta" de la UFA, parlante en francés, interpretada por un conjunto de artistas brillantes. Acompañan a Daniele Parola, Jean Murat, Charles Boyer, Marcel Vallée, Pierre Brasseur, y otros de igual categoría. Dirigida por el célebre realizador Erich Pommer, promete ser una de las películas de mayor éxito de la temporada. La música pertenece a Allan Gray, adaptada por Beucier



JOAN BLONDELL, bonita actriz a la vista está — que tiene papel principal en la película "CENTRAL PARK", que se pasará en el Colonial



UNA JOVENCITA francesa ansía ser estrella de cine en Hollywood. Ese es el "SUEÑO DORADO", película que se acaba de estrenar en el Rex Theatre con la graciosa LILIAN HARVEY que, justamente, es protagonista de su mismo sueño, pues los norteamericanos acaban de contratarla para filmar películas en California. Solo que falta saber si la simpática francesita que se ha manifestado a la admiración del público con los directores de la UFA, tendrá en Estados Unidos quien valore sus facultades extraordinarias de "vedette" animosa, su desparpajo truhán, o picardía, y su desenvoltura. Esperemos que los directores norteamericanos eviten hacer caer a LILIAN HARVEY en la vulgaridad



CINEMATOGRAFICO



EN 1904, DUHAMEL, estudiante, recorrió Europa a pie, durante las vacaciones.

Vusted todas esas luces? — preguntó Pitkin. — Ahí nos dirigimos. Es el cine. Luego murmuró mirando al cielo: — Un cine realmente espléndido. Uno de los mayores del mundo. Ya verá usted.

Articuló esta frase con aire de falsa desconfianza. Yo vi que se ponía muy hueco. Que aquel cine fuese rico y "realmente espléndido" representaba para él algo como un orgullo personal. Pitkin, hombre inteligente y culto, está orgulloso porque pertenece al gran grupo que puede edificar cines tan considerables.

— Es domingo, — me dijo. — Tendremos que pagar un dólar por cada asiento. Toda esa gente que ve usted haciendo cola paga también un dólar. El cinematógrafo es una cosa democrática.

Es cierto. Toda aquella gente paga muy caro su placer favorito. Pagan caro el derecho de esperar amontonados a lo largo del edificio, bajo una lluvia en la que hay cenizas de humo, su admisión en el santuario de los "cine-movies", en el templo de las imágenes que se mueven.

Como hay enorme multitud y no renunciamos a nuestro propósito, nos vemos obligados a ocupar un puesto en aquella cola. La gente al que la constituye habla muy poco. Aguanta impaciente, la mirada turbada, dispuesta a caer a la hipnosis que ha de ampararse de ella para escapar de la sombra encantada. De repente, cuando parece como si el edificio se tragara por uno de sus bajos orificios un enorme pedazo de aquella cola. Vuelve a formarse y de nuevo se remoja, se alarga.

Un empujón más y ya estamos en el interior del monstruo. En él el peregrino presenta su óbolo, el dólar. Allí lacayos con librea principal dividen a la multitud y la empujan, en grandes hornadas, hacia los pasillos del Gargantua. Atravesamos, a la carrera, una, foyers espaciosos y desiertos. El ruido de los pasos se amortigua por alfombras que imitan tapices de oriente. En las paredes: cua-

dros en los que reconozco copias de copias de lienzos ilustres y horribles. En sus pedestales, mil estatuas de materias plásticas y trafucadas que parecen alusiones a la escultura griega, alumbrada ingeniosamente desde el interior por lámparas eléctricas.

— ¡Es suntuoso! — exclama Pitkin de un modo ambiguo, por si yo también admirara.

Es cierto. Un lujo industrial, fabricado por máquinas sin alma para una multitud a la que también parece que el alma quiere abandonar. Un lujo de uniforme que puede hallarse, de un extremo a otro de la Unión, en todos los establecimientos del mismo género. Pero no vamos a perdernos en ociosas meditaciones. Henos de nuevo, empujados, como animales que llevan al matadero, entre dos barandillas de cuerda. Nueva cola, nueva espera en el esófago del monstruo. Cada cinco minutos, las puertas se abren y dan rienda suelta, al mismo tiempo que a una bocanada de música y de oscuridad, a unos cincuenta jóvenes que parecen anestesiados, que salen del placer como si salieran del restaurante o de la oficina, con fúnebre indiferencia. Inmediatamente los espectadores hartos son sustituidos por un número igual de espectadores en ayunas para que la sala siga estando llena. Después de algunos minutos nos toca a nosotros. Nos vemos empujados hacia el abismo del olvido.

Más cordones, más barreras. Más lacayos desdenosos que nos guían, como gendarmes a reclutas, a las cajas de reclutamiento. Nueva estación en espera de que haya asientos libres. Y mientras tanto, permanecemos en el interior del templo y contemplamos las imágenes. Desfilan más allá, por algún sitio, en un torbellino que estremece como los relámpagos durante una tormenta. Parecen muy cercanas. Algo dirán sin duda alguna. Una historia de la que nada sabemos y que no podremos comprender enseguida. Nos rodea una multitud apacible y soñolienta en la oscuridad. Ríe de vez en cuando, y por esas risas comprendemos que el gentío es enorme. Como buen francés que soy, espero a tener asiento y pienso que tengo derecho a él. Pitkin opina como yo. Trata de reconocer los rostros, que a lo lejos, se destacan en la oscuridad. Pitkin está acostumbrado. Adivina con una sola mirada que aquella historia va a terminar muy pronto. Oír el comienzo después de haber oído el final, es el nuevo procedimiento de leer y de vivir. Eso no compromete la emoción americana. ¡Claro que no! El espectáculo se desliza como la humedad, como los astros. Este espectáculo es de los que se aceptan en el punto en que se encuentra. Se espera a que todo el programa haya dado vuelta, y se sale completamente cebado. Nos han dado espectáculo por un dólar. Se retira uno bien cuerdatamente. Unos cuantos empujones y apretones más, y ya estamos sentados. Las butacas son bastante buenas. El confort americano: el confort de las nalgas. Un confort puramente muscular y tangible.

Si aparto un momento la vista de las imágenes si elevo los ojos al techo, vislumbro un cielo en el que centellean estrellas y se deslizan ligeras nubes. Se trata naturalmente, de un cielo ficticio, de falsas estrellas y nubes falsas. Nos procura una falsa sensación de frescura. Porque aquí, todo es falso. Falsa la vida de las sombras de la pantalla, falsa también esa manera de música que oímos producida por no sé qué aparatos impetuosos y mecánicos. Y ¿quién sabe?, tal vez falsa esta multitud humana que parece soñar con lo que ve y que, a veces, se agita sordamente, con gestos de durmiente. Todo es falso. El mundo es falso. Acaso no sea yo mismo sino un simulacro de hombre, una imitación de Duhamel.

... Evidentemente, que el oficial de la guardia haya abofeteado a ese libre campesino, es una cosa francamente intolerable...

Todavía siento todas las partes de mi cuerpo; pero empiezo a no sentir muy bien mi alma. Como en el gabinete del dentista. El envoltorio de mi alma se endurece, se hace extraño, dolorosamente extraño. ¿Acaso van a arrancar el alma igual que el dentista?

... ¿Que el joven campesino se rebela? Tiene mucha razón. Y que abandone su indigna patria, que imite a sus mayores y se embarque a la libre América.

Ya no puedo pensar lo que quiero pensar. Las movientes imágenes sustituyen a mis propios pensamientos. La música... ¡es verdad! ¡La música! ¿Que música es ésta? Se oye sin

escucharla. Penetra como el viento para como un viento insensible. ¡Ea!

Un esfuerzo para protestar. ¡Quiero escuchar esta música! ¡Quiero! ¡Quiero!

Quiero escuchar esta música y no limitarme a oírla.

Me lo figuraba: esta música es falsa. Música de conserva. Sale del matadero de música, como las salsichas del almuerzo salen del matadero de puercos. ¡Sí! Debe existir, allá en cualquier parte, en el centro del país un inmenso edificio de negros ladrillos, cruzado, tajado de arriba abajo por los arcos de un "elevated". En él matan la música. La deguelan negros, como a los gorines del "middle-west". La destrozan bestias cansadas, medio adormecidas. La destrozan, la salan, echan encima de los pedazos un poco de pimienta y los cuecen. Eso se llama hacer discos. Es música en botes de conserva.

Pero, ¡jojo!, ¡jojo! Acabo de reconocer... ¿qué dios santo? ¡Tantas cosas arrastra ese torrente cenagoso! ¡Es preciso un poco de recogimiento! ¡Calma! Cierro los ojos para alejar las imágenes para escuchar firmemente, severamente. ¡Ah, todavía no me he convertido en un islote. Yo no soy de aquí. Soy un hombre libre. Todavía hago lo que quiero. Se todavía lo que se.

Es esto: una a modo de pasta musical anónima e insípida. Pasa, se desliza. Está "trufada" con trozos conocidos, probablemente escogidos por su momentánea relación con el "texto" cinematográfico. Una pareja de novios debe de cruzar por la pantalla porque, de esa mezcla musical, surge súbitamente la



LA GUERRA, toda la guerra, Duhamel la hizo como cirujano: 4 a 5.000 operaciones

marcha nupcial de "Lohengrin". Diez compases, ni uno más. ¿Por qué milagro se encadena enseguida con la sinfonía militar de Haydn? Sin duda alguna, porque la pantalla acaba de servirnos un desfile de infantería. Abramos los ojos y comprobemos. Se trata de caballería. Hubiera debido figurármelo: oigo el primer "allegro" de la sinfonía en la, de Beethoven. Luego otra vez la insoportable pasta intermedia. Y, sin embargo... ¡palabra de honor! No es posible equivocarse. Será porque en el lienzo se besan, por lo que esos "carenteros" se han atrevido a introducir cuatro compases de Tristán? Después de nuevo la mezcla. ¿Cómo? ¿Qué horror! La Sinfonía Inacabada! Tesoro y víctima de los cines. ¡Pobre sinfonía! Nunca ha sido tan inacabada como aquí. Y ¿qué? ¿Ya hemos llegado al jazz? ¿Y no habrá nadie que grite ¡al asesino! Porque aquí se asesina a los grandes hombres. Todas las obras que, desde la adolescencia, hemos tarareado más con nuestros labios; todos esos cantos sublimes que fueron, en la edad de los grandes amores, nuestro pan, nuestro estudio y nuestra gloria; todos esos pensamientos que representaban la carne y la sangre de nuestros maestros, todos los han despedazado, picado, mutilado. Pasan, ahora, como vergonzosos desnudos en este mar de tibia monteca. Y nadie clama contra la matanza. Ni siquiera yo: me cayo. Todo lo que yo adoraba...

El grifo de la música sigue abierto.

Acaba de terminar la gran película dramática "sonora" Toca ahora a la diversión de musical, la que, en toda la extensión de la federación, corea, cada dos horas la difusión de los cines. Ha surgido una orquesta de un foso; una verdadera orquesta que potente máquina elevadora presenta en la escena. La orquesta hace esfuerzos en los más puros y más crueles colores del espectro. De cuando en cuando se oyen órganos como en la iglesia. Porque el cine lo constituye todo, procura todo, contiene un resumen de todo. Tan pronto como los órganos se callan, cincuenta "girls", salidas de una luz de magia química, levantan la pierna y enseñan desnudos hasta la raíz los muslos de la pubibunda América. No hacen más que dejarlos entrever. Todo dura unos treinta segundos. Los "placeres", se precipitan en vertiginosos empujones. Hay que evitar que el ciudadano se aburra, es decir, que despierte de su sueño de rumiante. Veinte segundos para el cantante cuya voz, perdida en la enorme nave, podrá dar pronto lugar a medir la potencia de las imágenes parlantes. Treinta segundos, cuarenta segundos para los jóvenes excéntricos de pantalón charleston, de chaqueta desmirriada, que llegan a la carrera, dicen cuatro variedades y se marchan como han venido, símbolos vivientes del joven americano que prueba su suerte, simpático, ignorante, resignado, anónimo, fabricado en serie, durante noches "standard", fabricado por un desfallecimiento del maltusianismo nacional.

Pero no soñemos. Treinta segundos para los músicos grotescos. Diez para el acróbata. ¡Ea! ¡Ea! ¡Más de prisa! ¡Inmediatamente lo demás! Que la orquesta vuelva a desaparecer en su agujero. Que la pantalla deje filtrar las ondas efímeras de la publicidad multicolor. ¡Ah! ¡Las actualidades parlantes! El último discurso de Mr. Hoover. Discurso que sale ordenado de una sonrisa de mejillas bien carnosas, de una sonrisa laboriosa, pero fotogénica. Después el cantante negro. Demasiado largo: dos minutos, un lamentable error. El profesor de gimnasia algo así como una mujer-serpiente que quiere enseñarnos a respirar. ¡Si yo pudiera enseñarle a ser guapa! Bueno, que no se duerman, es decir que no despierten. Ya llega la gran película. Vamos a ver el principio de tan famoso film. ¡Atención! Más música. La cloaca musical arrastra, como mondaduras, los restos de nuestros más bellos sueños. Y otra vez las imágenes. Pasan: esta es la palabra. Mientras que toda obra digna de tal nombre tiende a grabarse, esas imágenes pasan porque no representan la vida, sino un mundo aparte, el mundo cine en el que todo es falso, arbitrario, absurdo. Imágenes, cualquiera de las cuales, aislada, inmóvil, aparece por su escala, por sus dimensiones por su preparación, por su trucos, por sus convenciones, por sus modelos, por sus accesorios, por sus trajes, por sus gesticulaciones, aparece, digo, como prodigiosamente extraña a todo lo que sabemos de la vida verdadera y viviente. Esta vez, perfectamente en posesión de mis facultades, dueño de mí como de ese miserable universo, seguro de mi inicio, cierro los ojos y en espíritu va apacado, impenetrable, incorruptible instruyo apaciblemente el proceso.

GEORGES DUHAMEL.



RETRATO contemporáneo, del autor de "Escenas de la vida futura", libro al que pertenece el capítulo que publicamos en esta página



LAS alegres chicas del bataclán. — "Guños y sonrisas". — coro bullicioso, joven, ágil, de lindas caras y rítmicos cuerpos, contemplan a LIBERTAD LAMARQUE, cancionista criolla de la compañía revisteril, componiéndose al espejo la bella estam'pa

En el último tiempo me he encontrado en la prensa ataques de fondo y malicias malas que me ataban de Waldo Frank escritor o de Waldo Frank, Frank amigo de la América latina. El primero fué el artículo de un español, y de los españoles más finos del tiempo, el más fino de los más envidiosos en la salsa de la mala fama, que es una estragadora de la mente y de la escritura.

España es, según lo aseguran castellanos y latinoamericanos, una obligación de entender y respetar para cualquier conciencia contemporánea; según los extranjeros que le hablan en la dificultad de averiguarla, sería un misterio general viejo y desconocido, en el que hay que morder con pico hasta que suelte su doctrina secreta; el europeo vulgar — y algunos no vulgares también — cree que puede muy bien saltarse su información, por cuanto el monolito secreto es sólo un viejo cachibol que no dará más que unos polvos melancólicos. Waldo Frank, escritor norteamericano, es decir, hombre el menos obligado del mundo a voltear y conocer en las secciones del cuerpo europeo, entendió esta obligación de saber y de contar España, "como un deber de hombre". El libro "España virgen" significa una fojeadura en extensión y en profundidad, una España recorrida y puntuada en un ejercicio tenso del espíritu y de los sentidos, una marcha en el sol según los caminos y en la obscuridad según los caminos. Muchos españoles inteligentes le han dado un celebrado y agradecido a Frank esta "España virgen" en cuanto a trabajo de interpretación laboriosa y feliz.

Recordando la hazaña del norteamericano, que cumplida sobre el cuerpo y el alma español, el ataque leído nos pareció inusitado y un poco chocante.

El articulista sacaba su burla obligatoria de una o más de estas dos proposiciones: Waldo Frank es estimado en la América del Norte porque allí se dice que él arrastra mucha consideración en la América del Norte, en los Estados Unidos se le considera por lo que se cree que su obra es muy admirada en los países latinos. Con lo cual quedaba establecido que Waldo Frank era un "camoufflage" creado en el Norte con ayuda del Sur, y viceversa.

La verdad contiene algunos caminos de esta mentirijilla. Los Estados Unidos, país que no posee cultura literaria sino en los núcleos aislados de unas "élites" que se encuentran haciendo, hacia San Francisco, Nueva Orleans, Boston y Nueva York, lleva en el gesto de su enorme cuerpo la grosura y la insipidez de los frutos demasiado grandes, papaya tropical o manzana de California...

Frank es admiradísimo dentro de estos brazos activos de la cultura norteamericana; para él el resto del país es fabulosamente ignorado, o, lo que es peor, pospuesto a los comercios de una literatura o sensacionalista o moralizante; solaz feo de contadores y una, ocurrencia boba de pastores la otra. Una de esas reputaciones de unanimidad, sospechosas en cualquier parte, pero especialmente en los Estados Unidos, hasta una nominación un poco menor como la de Sinclair Lewis, nos haría poner en cuarentena a Waldo Frank; se vuelven muy sospechosas las pasiones literarias de una masa que todavía no estima lo bastante a Whitman y que necesita de un plazo astronómico para poseer en pleno a su Edgardo Poe.

En lo referente a la América del Sur, pedimos es decirlo, pero necesario; el Waldo Frank nuestro es el de la capa menos representativa de su obra, el de las conferencias y un poco sociológicas, un tanto históricas y un tanto apostólicas, que el escritor norteamericano ha dictado en nuestras capitales. Estas disertaciones son cierta rebosadura entusiasta de su espíritu y no el verdadero sentimiento de su personalidad, que se queda acorachado, menos extático y más precioso, en su obra literaria pura. Es el caso de haber tomado también esta vez el tronco por las ramas y habernos puesto a admirar a un escritor de primera fila entre los creadores contemporáneos por actividades generosas y sutiles, pero suplementarias; por sus soluciones mejor que por sus trabajos.

Son muy pocos los que entre nosotros se conocen al novelista de "Día de fiesta" y de "Ciudad Bloek".

Queda contestada la interrogación maliciosa del español acerca de si Frank es estimado en el Norte o en el Sur: en las dos partes, allá por lo mejor de su obra y por los mejores, aquí por lo adventicio de su labor, de la que beneficiamos.

* * *

RECELOS NUESTROS, EXIGENCIAS SUYAS Ahora vienen las insinuaciones que casi resbalan a acusaciones de la quisquillosa gente nuestra. Waldo Frank sería un instrumento habilidoso del imperialismo norteamericano, y los potentados de Wall Street lo mirarían como a un provocador de ambiente favorable para la empresa invasora del Norte, a pesar de sus ataques al capitalismo norteamericano.

Leyendo esto, hemos pensado en muchas cosas que son bien amargas de mascar. Como el indio gobierna en un poco o en un mucho dentro de nosotros, mestizos sin confe-

WALDO FRANK y NOSOTROS

por

Gabriela Mistral



que se interesan en nosotros?

Primero: como Chateaubriand o como Paul Morand, por la magia, mitad visible, mitad secreta, de nuestro paisaje. Tenemos una geografía óptima, y como eso al menos no lo hemos de perder, ella nos atraerá siempre, y cada día más, a las gentes extranjeras, sean ellas el fino o el palurdo, el emigrante o el viajero delicado.

Después de esa fascinación de la tierra como tamaño y como hermosura, viene la curiosidad natural por una raza de un complejo europeo-oriental, complejo odioso para los romanizantes a lo Massis, y embriagantes para los seguidores de la aventura de las sangres cruzadas.

Finalmente, hay una serie de romanticismos a lo Michelet o a lo Briand hacia unas patrias en desventura pasajera, Polonias o Yugo-slavias desgarradas por pueblos de presa, y a esto debemos nuestros amigos políticos.

* * *

EL JUDIO La explicación de que Waldo Frank sepa trinchar la América latina con exactitud y fineza en el hueso histórico y en la carne sensible, es la de ser un judío americano; por la misma causa supo hincar en España.

Es muy probable que nuestros intérpretes en los Estados Unidos vayan saliendo del italiano-americano, del franco-americano, del semita-americano, durante mucho tiempo, antes de que el americano-sajón acierte a vernos el rostro verdadero, tomando la posición necesaria.

La América llamada "Española" es hoy por hoy y hasta nueva rectificación, más el sustantivo fundamental que el adjetivo añadido, y esto para su mal o para su bien, como se quiera considerarlo. Ella contiene dos cuartos de substancia precolombiana sobre uno de enjundia ibérica, que ha influido mucho por ser vigorosa, y sobre otro de limos cosmopolitas. La fórmula es terriblemente álgida, pero así sale de la averiguación y hay que aceptarla. La frase "española" arrastraba tantos elementos orientales, que su disputa con las indígenas viene a ser un alboroto exagerado, si se consideran las numerosas coincidencias orientales de ambas, de las que no supieron aprovecharse los conquistadores.

Un judío es el relacionador natural de orientes y occidentes en cualquier campo, cultura o política o religión, y es el puente, si los hay, para las dos orillas enconadas.

Cuando algunos norteamericanos me han dicho que no es hombre válido para servir de intérprete a las Américas este judío disociador como su raza, yo me he sonreído de que se sepan tan mal al judío estos bíblicos y de que nos sepan tan mal a nosotros, los cuasi orientales de sangre que respondemos muy fácilmente a una voz con dejos del Asia. Ellos nos dicen, y nosotros también a veces, "latinos". Pero cuando nos nombramos con esta certidumbre que sería ingenua, pensamos la ruta mediterránea con todas sus escalas: costa de Siria, costa egipcia, costa berebera, costa griega, costa romana. Las últimas escalas son las más próximas, pero las anteriores duraron mucho. Pensado el Mediterráneo, nos llamamos, por ignorancia o por malicia, el otro mar y la otra ruta que se va aclarando más y más en las investigaciones: la de Behring, la de la "nao" de China, el Pacífico, que es más nuestro padre que el Atlántico...

¿Waldo Frank no es un norteamericano de carne sino de domicilio ocasional? Sería una ventaja preciosa entonces la de nuestra consanguineidad con él dentro de esa patria solar, que es más verdadera que las políticas, una seguridad de pulsos comunes. Pero no es un judío a secas Waldo Frank, y los norteamericanos llevan de mala fe esta discusión. Su país potente se devora las almas que le llegan de todas partes y su dinamismo arrebatado no consiente que ninguna de ellas sea latina, sea asiática, se quede entera dentro de su marmita. Waldo Frank no puede ser un judío ciento por ciento; es a lo más un judío americano.

A los críticos nuestros que han remarcado también en Frank un concho norteamericano peligroso, hay que decirles que no le pidan lo que es feo de toda fealdad y que no querriamos para ninguno de nosotros: el renegamiento de su patria. Nunca desazonar al amigo, exigiéndole que entregue toda su alma, que ya se tenía hecha antes de encontrarnos, y nunca afearle con una servidumbre la bontia altivez por la cual también le escogimos.

sión, pero mestizos al cabo, el atropello que hemos sufrido de los negociantes de Nueva York nos ha vuelto desconfiados de cualquiera que vista casimires norteamericanos; el recelo nos gana la naturaleza entera lo mismo que el curare la sangre, en momentos, y la cuchillada que recibimos de Pedro de Alvarado la devolvemos en el lomo del primer lascasista que pasa por el camino. Es muy malo ser infeliz o haberlo sido; es muy malo cargar unas largas herencias bilaterales de persecución y de engaño; se estropea la confianza con la alegría y se malea muchas veces la bella cosa que se llama agradecimiento.

Waldo Frank no es bien mirado y menos bien querido de los ricos exportadores de su país, y esta redonda afirmación yo no la hago a tontas y a locas. Waldo Frank es un descontento del régimen de vida económico y social y de la concepción de la vida que se ha hecho su pueblo y que comienza a exhalarse de él hacia la América del Sur y hacia Europa.

Un solo bloque forman estas cosas: capitalismo, industrialismo, urbanismo exagerado, exceso de trabajo, ola de lujo y búsqueda de placeres estúpidos a causa del agotamiento de cada hombre y cada mujer; se toca a uno de estos botones de bronce y responde la máquina entera. Frank ha remecido fuertemente varias de estas columnas de la bóveda americana, y naturalmente, es visto como un enemigo de la colectividad. Aquellos buenos ciudadanos norteamericanos primarios y primarizantes carecen del hábito de crítica y detestan de un odio que también se conoce Sinclair Lewis al "apuntador" de algunos de sus vicios, que resultan ser bultos que ellos llaman virtudes.

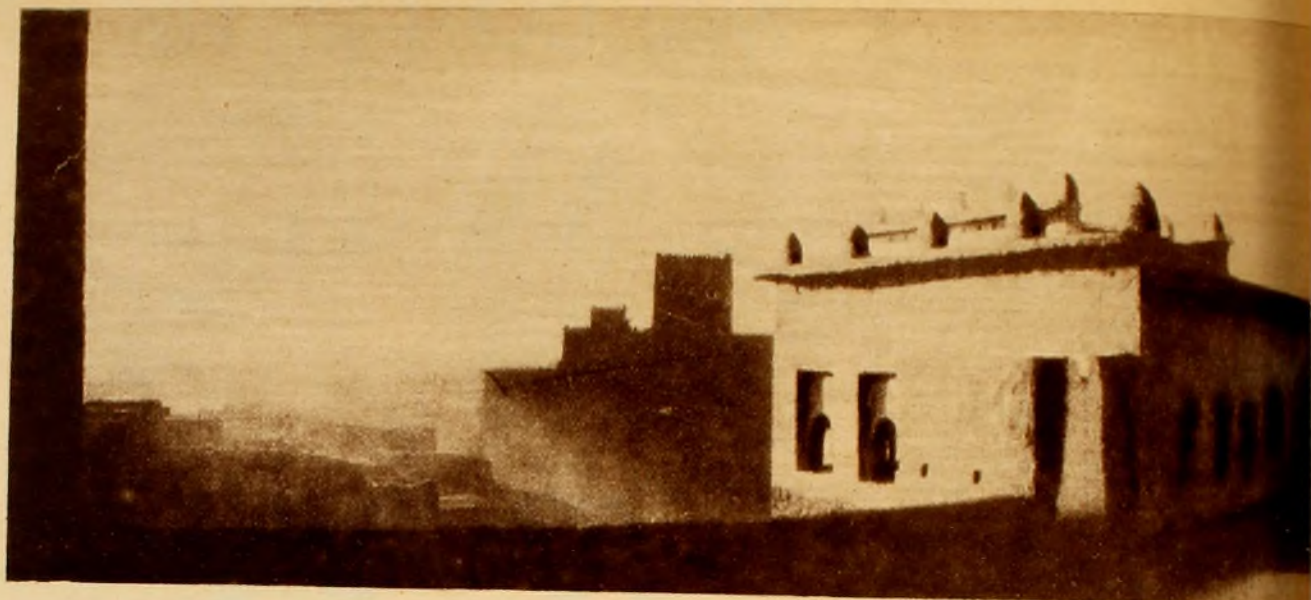
Algunos sudamericanos que sin saberlo pertenecen también a la familia mirífica de aquellos norteamericanos aborrecedores del buen tachador, quieren que Waldo Frank nos encuentre la América del Sur óptima de frente, de espalda y de costado... Piensen un poco los nuestros que le piden mano de trapo en vez de mano de varón para tocarlos, piensen en el caso de este visitante.

El escritor norteamericano ha sacado a luz unos tatuajes de esclavitud en su nación, que es, con todo, una de las más libres entre las conocidas, y al mirar la América nues-

tra no puede perder sus ojos panorámicos y detallistas y volverse cegatón en beneficio nuestro. El ensayista norteamericano baja desde el país por excelencia dueño de sí mismo, administrador de su negocio, provocador y beneficiador de su prosperidad, y halla nuestras tierras y nuestras minas vendidas o regaladas al extranjero, cosa que tiene que repugnarle como a hombre libre. El moralista neoyorquino se ha criado en una sociedad solidaria para toda empresa de bienestar común, entre criaturas de una naturaleza aglutinante parecida a la de las gomas en las coníferas, y arriba a unas naciones pulverizadas como la arena de sus playas y que no se saben amasar a sí mismas ni en los menesteres fáciles ni en los trances de hambruna. El nos llega de una nación construida sobre bases erradas o lo que se quiera, pero "hecha" al cabo, y tanto que ya andeza delante de Europa una fábrica competitiva, y se encuentra con unos países ambiciosos sin finalidad y violentos sin voluntad, de cuyos vagos orgullos y apetitos no se hace todavía un "querer" grande y una aspiración articulada. Entonces él, Waldo Frank, amigo nuestro, nos alaba lo que tenemos de alabar, que son unas virtudes personales casi privadas, de emotividad rica, de inteligencia rápida y de hospitalidad hidalga, y se pone a enumerarnos lo que nos falta: las virtudes civiles, los decoros colectivos y los corajes de conjunto. Con grandes riesgos de perdersnos, hace su reprimenda: somos vanidosos como un adolescente insoportable y hacemos una cólera de tal cuando no nos alaban la conducta entera como a la Victoria de Samotracia, de la frente al pie adelantado...

Para los pueblos, lo mismo que para el individuo, el amor riguroso resulta ser el único servicial y elegante, es decir, útil y estético, llamémoslo "el amor gracienseo", para darle sus dos puntas de inteligencia y de emotividad. El amor riguroso es el que exige conducta bella al que quiere y el que desea estimar fuertemente al que ama fuertemente. Es un amor bastante doloroso y arrastra un patético que no se ha dicho cabalmente en las literaturas. Así es y tiene que ser la pasión de los que aman a la América latina.

¿Por qué razón nos buscan los pocos ex-



KASBA

LA DE LOS

TODAS las polimout, construidas con conglomerado, tienen la misma estructura.



UN monasterio del valle sagrado

PRONTO habrá que considerar a toda la tierra como mundo moderno. Ya no hay misterio que la cámara fotográfica no haya recogido en sus placas. Apenas aparece velado el conocimiento de dos grandes regiones, todavía esfumadas en leyendas: la una Arabia, la otra el Thibet, ambas prácticamente impenetrables. Necesario se hace reconocer que el descubrimiento no es decepcionante, y la similitud de esos países con otra gran

región, apenas explorada también: el gran Atlas y el Sur marroquí.

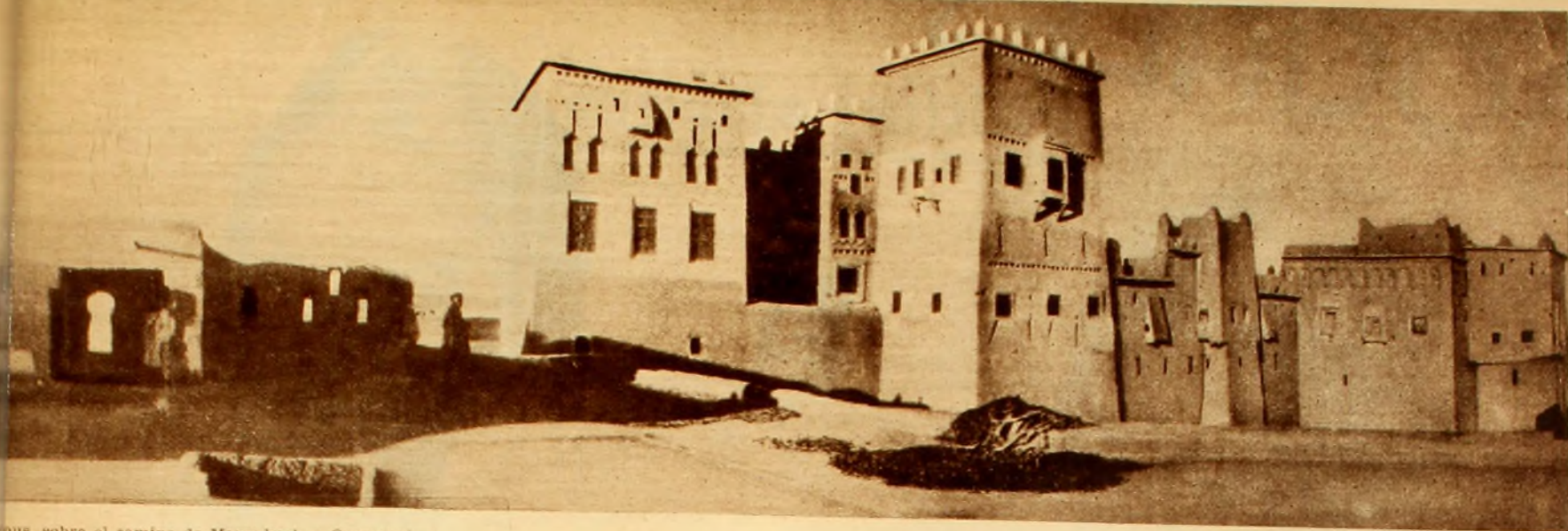
En unas y otras las mismas construcciones, buscando el espacio ascendiendo, en lugar de extenderse por la llanura; iguales muros, recortando sus aristas sobre las cumbres; la misma abundancia de ventanales al exterior; torres salientes, como almenas de castillo; repetido abigarramiento de frentes blanqueados a cal, blancura que se hace más patente por el contraste con la piedra

árida que permanece desnuda.

¿Cómo explicar esta similitud arquitectónica de regiones que están separadas por miles de kilómetros, y que han permanecido cerradas hasta ahora? Por otra parte, esta arquitectura no aparece igual en ningún otro lugar. La semejanza del Thibet con los pueblecitos bereberes radica sobre todo en la disposición de los edificios, construidos en la ladera de la montaña en forma especial de terrazas sostenidas por vigas que sobresalen del muro. Esta clase de edificaciones tienen con los Kasbas, del Atlas, ese trazo común de parecer almenadas, con merlones puntiagudos.

Los entendidos se resisten a aceptar una comunidad de origen, o suponer tráfico entre los bereberes y los thibetanos, presumiéndose como más verosímil que la similitud de esas edificaciones con aspectos de casas-fortalezas, sea debida al resultado de vida en condiciones análogas de altitud, posición abrupta, y el estado anárquico. La explicación no parece suficiente. Los Alpes en la edad media, no produjeron ninguna "kasba".

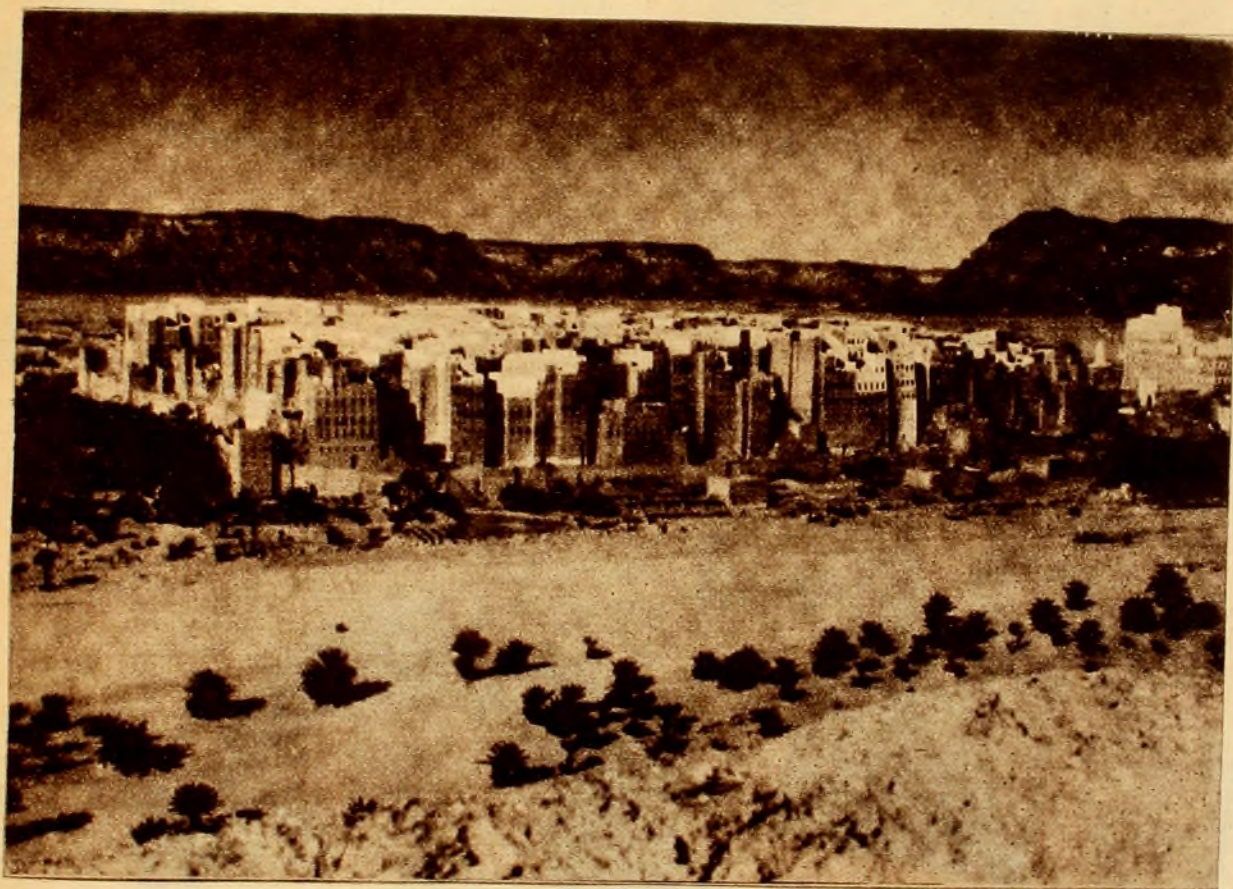
Entre el Atlas y la Arabia existe un lazo: el Islam. ¿Será la religión, unificadora de costumbres, la que ha modelado el tipo raro de edificación en el sur marroquí y Hadramouth? Nada menos verosímil. Estas regiones están separadas por extensos países musulmanes: Egipto, Tripolitania, Túnez, Argelia, Marruecos del Norte, donde la arquitectura es completamente diferente. Buscar un parentesco étnico entre sus habitantes sería temerario, pues el berebere es diferente al árabe, y en ninguna parte, hasta ahora, se ha creído encontrar a cada uno de ellos en estado puro que en el Alto Atlas y en Arabia.



...ous, sobre el camino de Marra kech a Ouarzazat

ARQUITECTURA

LOS Y DE LAS CUMBRES



tronco de pirámide, hay otro lugar del globo con ruinas venerables que nos la muestra. Esta comarca es América y sus ruinas son las de los monumentos precolombianos. Henos aquí lanzados por la vía azarosa de quienes buscan un vínculo en la profundidad de los siglos, entre el viejo continente y ese que seguimos llamando el nuevo. Este vínculo será la Atlántida, isla inmensa que habría ocupado una gran parte del Océano Atlántico actual, y que estará, como lo creían los antiguos, sumergida bajo las olas. Pero esta es otra historia de la que hablaremos alguna vez.

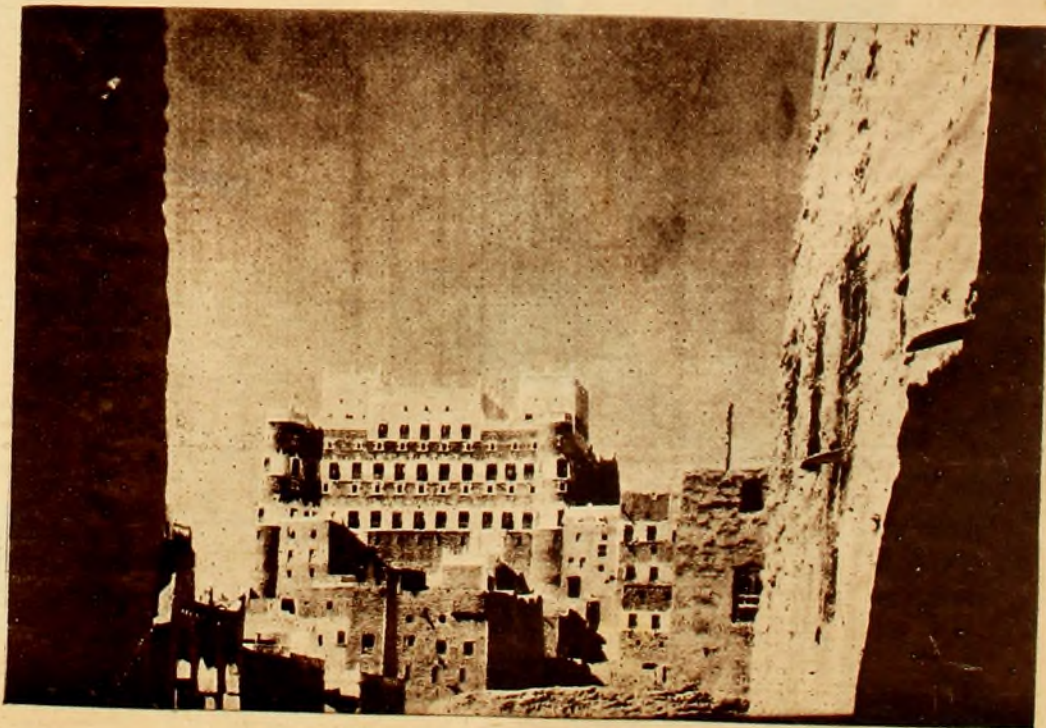
Queda la cuestión del Thibet. La abandono a vuestra perspicacia. Está llena de misterios y podréis, estoy cierto, encontrar placer en perderos por sus sinuosidades oscuras. Un consejo todavía: si queréis una guía, buscadla en Babilonia.

Juan Gallotti.

Las características esenciales de los edificios de que hablamos las encontramos en su forma maciza, que se eleva en pirámide. Esto trae un recuerdo preciso: el de los pilones del viejo Egipto.

Que los bereberes encerrados por sus montañas y los árabes aislados en las arenas hayan conservado, en el arte de construir, las tradiciones que datan de la época de los faraones, no tiene nada de inverosímil: tendríamos por lo tanto aquí un ejemplo más de la influencia ejercida sobre toda Africa y una parte del mundo semítico de la antigüedad, por la brillante civilización del valle del Nilo. Pero nuestra curiosidad no está satisfecha todavía. Esta forma de

JOVEN beduíno,
de Hadramout



EL palacio de un Sald, en Sejún

SOCIALES



Señorita: María Angélica
Valdez Cortinas.



Señorita: Reneé Regusci.



Señorita: Marta Gomez
Guillot.



Señorita:
Marina
Guerra



Señorita:
María del
Pilar Az-
narez.

fotos
frangela

La subasta pública

Por **ARCADIO AVERCHENKO**

Ilustración de **Rodolfo Claro**

N una espléndida mañana de verano subí a un carruaje que debía conducirme a Eupatoria. Los otros dos asientos del coche estaban ocupados, uno, por una graciosa rubia, jovial damisela, y el otro, por un hombre joven, alto, enérgico, extraordinariamente vivaz. La hermosa lucha que había sostenido conmigo había durado, como dije, unos veinte minutos, mientras que aquel jovencito, sin vacilación alguna, ya a los dos o tres minutos de viaje había demostrado con su conducta y sus actitudes que desde aquel día era para él la damita rubia, sin que me importase un bledo el resto del mundo. En tales momentos y circunstancias se inició entre nosotros la lucha que tan rápidamente había de terminar con un triunfo en aeroplano.

NO VIENE decir antes de nada, que las mujeres son, en general, de una condición astuta, y que saben manejar y resolver los negocios de acuerdo con las reglas de las subastas públicas.

Supongamos que se tratase de un rico tarro de metal, finamente tallado. Como naturalmente hubiese tenido necesidad de comprarlo, se le hubiese metido en la cabeza la idea de entrar al bazar a comprarlo. Pero ocurre que se le expone en una casa de ventas; tampoco allí, por lo mismo de que no interesa, prestáis la menor atención al tarro, hasta que el rematador pronuncia la fórmula trágica:

—¿Quién da más?... Cincuenta pesos...

—¿Quién da más?... Cincuenta y cinco — ofrece un vecino.

—Al instante os entra la curiosidad, y más que si el vecino desea adquirir el objeto, tal vez os convenga a vosotros, y lo interrumpís con vivacidad, gritando al rematador:

—¿Sesenta!...

—El vecino insiste con la mayor tranquilidad y decisión:

—¿Setenta!

—¿Y cinco!...

—El juego comienza.

—El juego termina con el hecho curioso de que habéis dado cuanto tenéis en la cartera por un objeto en el cual nada en absoluto pensabais unos minutos antes. Lo lleváis a casa, y vuestra mente empieza a germinar una idea que se resuelve, al cabo, en una famosa frase del gallo de Krilow:

—¿Dónde meterlo? ¿Dónde colocar una cosa tan inútil?...

—Aquí que lo mismo pasa con las mujeres. Las mujeres viven según los principios y prácticas de una subasta pública. Si un hombre está solo, en su ausencia, puede quizás no fijarse en los objetos, pero cuando se hallan dos hombres, entonces sí, es el caso de gritar:

—¿Quién da más?

—Naturalmente que esta frase está sujeta en un sentido honesto y elevado, con intención alguna mercantil.

—¿Así nos sucedía a nosotros. — Apenas nos acomodamos en la carroza (Galupzov) así se llamaba aquel (osito) declaró que se sentía feliz por llevar frente a sí tan gentil compañera de viaje. Yo, por mi parte, traté de superarlo en galantería, manifestando que, por lo mismo que hacía mucho tiempo que había tenido la suerte de viajar con damas, una compañía tan agradable como la de nuestra vecina tendría la virtud de abreviar el recorrido en una cuarta parte o lo menos.

—El alma vanidosilla de Galupzov jugó entonces una carta de valor, diciendo que si la mujer no tenía en Eupatoria relaciones o conocidos, se sentiría feliz de que su modesta persona, etc., etc.

—Pero yo, de un golpe maté el punto con una de triunfo: "Si usted no tuviese dónde alojarse, yo le encontraría habitación..."

—Galupzov se sintió abullado, pero no duró mucho tiempo.

—Le diré María Nicolaevna... (Parece que es así. ¿María Nicolaevna? Gracias. Lin. nombre)... Debo decirle que las estaciones balnearias rusas me desagradan, por su falta de organización. Mientras que en el

extranjero...

—¿Pero usted ha estado en el extranjero? (Gesto de gran curiosidad en María Nicolaevna. Sensación).

—Sí; he viajado por toda Europa. La recorri en todas direcciones, se puede decir.

La faz silenciosa de María Nicolaevna se vuelve hacia mí, como diciendo:

—¿Quién da más? ¿Quién da más?...

Me propongo poner en ridículo a aquel audaz y desvergonzado turista, y mejor todavía, si es posible aplastarlo con una roca.

—¿Usted ha estado en Strudel? — le pregunto con malicia.

—¿Y como no? Dos veces; pero, le diré, no me agrada mucho.

—¿Qué cosa?

—Strudel.

—Ha de saber — dije acentuando las palabras, — que Strudel no es precisamente una ciudad. Es una torta de hojaldre con miel y frutas.

El martillo del rematador estaba en el aire pronto a dar el golpe a mi favor, confundiendo con el mismo golpe a mi adversario, pero el descaro de éste era incomparable.

—Le doy las gracias — me respondió fríamente. — Lo sabía también yo. Pero usted desconoce que el nombre de la torta está tomado de la ciudad. ¿Podría usted sostener acaso, que la

confuso.

—Le preguntaba, en alemán, una zoncera. Vamos, pues, contésteme: **Wieviel Uhr, mein lieber Herr?**...

El reflexionó un momento, y serenándose respondió con una dignidad que no podía haberle sospechado.

—Vea, jovencito... Si bien es cierto que yo hablo el alemán tan bien como el ruso, desde la época en que la Germania arruinó a mi pobre patria... hice voto firme... Si, sí, egregio señor. Hice firme propósito de no pronunciar ni una sola palabra en aquella horrible lengua.

—Pero entonces, contésteme en ruso.

Espere. No he terminado... Hice el propósito no sólo de no hablar aquella lengua, sino también de no darme por entendido en ella. ¡Oh, mi desgraciada patria!...

—¿De veras que ama usted tanto a la Rusia? — preguntó toda conmovida María Nicolaevna, mientras su mano delicada se posaba acariciadora sobre la mano de él...

—¿Quién da más? ¿Quién ofrece más? — voceaba el invisible martillero; pero yo en ese momento no tenía carta alguna que jugar. Me sentía reducido a la mendicidad.

EN ese instante nos llegó del cielo el ruido de un motor, y un bellísimo y elegante aeroplano



ciudad de Strasburgo no existe y existen en cambio los pasteles de Strasburgo? Sí, María Nicolaevna... En esa ciudad de Strudel (Alta Silesia, 3600 habitantes) tuve también un encuentro extraordinario, que le contaré después en cualquier momento, cuando estemos solos...

Yo me sentí desplomado, tendido en el polvo, y el carro del vencedor corría sobre mí como sobre el empedrado...

—Entonces, usted hablará bien el alemán — interrogóle afablemente María Nicolaevna.

—Ya lo creo — contestó. — Como el ruso.

—¿No estarás mintiendo, tú, querido? — pensé para mí, y de pronto, impetuosamente, le pregunté:

—**Wieviel Uhr, mein Herr?**...

—¡Ah! ¿Qué cosa? — me respondió

no, semejante a una libélula, proyectó su ligera sombra sobre el camino, delante de nosotros. (¡Oh, caro y pequeño aparato que viniste a sacarme de mi embarazo!... ¡Si hubieras estado más cerca, te hubiera besado!...)

Todos los tres alzamos la vista al espacio, siguiendo con el mayor interés las evoluciones de aquella libélula de alas ligeras.

—¿Usted ha volado alguna vez? — preguntó María Nicolaevna, dirigiéndose a él.

—¿Yo? Volé durante toda la guerra. Soy aviador.

—¿Qué dice?... ¿Qué interesante!... ¿Y no se ha encontrado alguna vez en el aire con algún aeroplano enemigo?

—¿Yo?... ¡Tantas veces!... ¡Y tuve también que entrar en combate!...

—¡Oh!... ¡Cuente usted!... Debe ser muy interesante...

(Ella había dejado su mano apoyada so-

bre la del mozo).

—Mas... ¿qué le he de decir? En cierto modo, es un poco enojoso tener que envanecerse de la propia obra.

No obstante estas plausibles reflexiones, no se abstuvo, y contó a continuación:

—Una vez recibí orden de efectuar un reconocimiento sobre la retaguardia del enemigo. Pues bien: llené, como es de práctica, de bencina el carburador; hice girar la hélice, salté a la carlinga, y me lancé al espacio. Vuelo... vuelo una hora y dos... De pronto advierto que viene a mi encuentro, sobre un Bleriot, un alemán. Y comienza a atacarme con una ametralladora, de un lado y de otro. Sin embargo, yo no perdí la serenidad. Desciendo sobre un ala cerca del aeroplano enemigo, saco mi revólver, y apuntando sobre la oreja del alemán, le grito: "¡Ríndete, canalla!" Entonces, él se pone de rodillas y contesta implorando: "¡Misericordia, camarada!" Pero no era el caso. Lo tomo rápidamente del cuello, lo arrastro sobre mi máquina; ato su Bleriot con una cuerda a la cola del mío, y así lo conduje, con su aparato intacto, a nuestras posiciones.

Durante todo el tiempo del relato, "mi posición" era pésima, pues los ojos de María Nicolaevna se iluminaban de entusiasmo.

—¡Dios mío! ¿Es usted un héroe! Y dígame, ¿querría hacerme volar en aeroplano?

—Cuando guste, — respondió displicentemente aquel valeroso paladín.

—¿Y no habrá peligro de que me rompa los huesos?

—¡Irá usted como en una cuna.

—Por otra parte, yo con un hombre tan audaz como usted, no tengo miedo. ¿Cuándo me lleva?

—Aunque sea mañana. Sólo temo que en Eupatoria no haya aparato.

—¿Y sobre qué tipo de máquina puede volar? — pregunté yo con cierta despreocupación.

—Sobre cualquiera — respondió, — pero prefiero el Bleriot. Sobre éste me siento tan cómodo y seguro como en mi propia casa.

—Pues bien, ¡qué afortunados son ustedes, señores! — dije triunfalmente, alzando una mano al cielo. — En Eupatoria tengo yo dos Bleriot, en perfecto estado, controlados y ensayados hace muy poco. ¡Cochecho! ¿A qué hora llegaremos a Eupatoria? ¿A las dos? Perfectamente. Antes de las cinco los conduciré al aeródromo. ¡Con que hoy mismo, oh, María Nicolaevna, este caballero tendrá el placer de llevarla de paseo por el cielo!

En mi vida he visto un hombre más confundido que lo estuvo desde ese instante aquel miserable Galupzov.

Borbóto primero que él solamente volaba con la bencina "X Z"; lo tranquilicé informándole que yo tenía bencina de esa marca; farfulló en seguida que necesitaba también verificar qué viento había en aquel día. Yo lo calmé asegurándole que no había viento alguno. Entonces observó que para hacer un vuelo era indispensable un permiso especial. Yo lo seguí tres metros bajo tierra con la solemnidad de una declaración de que poseía tal permiso.

Después de esto, él, a la manera del supuesto alemán, invisible para

nuestros ojos cayó de rodillas y clamó misericordia, declarando que a la llegada le esperaba tal montón de asuntos, que de ellos se vería libre sino después de tres, cuatro, cinco días, y apenas por un par de horas. Ahora él yacía tendido a mis pies. Y yo paseaba sobre su cuerpo como quería, lo pateaba con los tacos, le pegaba con las botas en su mentirosa boca, y ya la mano de María Nicolaevna, como una linda lagartija, de la mano de él había escapado hacia la mía, y ya María Nicolaevna me contemplaba sólo a mí, al mismo tiempo que se apretujaba contra mi cuerpo. Y sobre nosotros volaba aquella poderosa máquina que tan bellamente había venido a salvar mi situación; y sus inmensas alas, tendidas sobre nosotros, parecían bendecirnos, bendecirme a mí y a María Nicolaevna, a María Nicolaevna y a mí. Galupzov estaba reducido a algo así como una bolsa de huesos que acabase de caer del aeroplano.

Finalmente, el invencible martillo del rematador golpeó para mí, y yo pude, triunfalmente, en las propias narices del rival, llevarme conmigo aquella prenda, el tarjetero, por cuya adquisición estaba decidido a vencer.



"LOS PAYADORES", con versos en el mural, de Silva Valdes



COMPOSICION

RICARDO AGUERRE, autor de los murales



AGUERRE en Amigos del Arte

UNA nota nueva, fina y original para nuestro ambiente, son las decoraciones murales que el pintor Ricardo Aguerre está realizando en la casa de "Los Amigos del Arte", para la inauguración que en estos días se realizará. La casa se abrirá al público con la apertura de una exposición, conferencias y otros actos artísticos. Nuestro compañero de trabajo, el pintor Aguerre ha realizado una bella muestra, de la que ofrecemos algunos murales, de suave sentido humorístico, sin caricatura que hiere, sino con temperado espíritu burlesco, que hace sonreír. Mejor que lo que de la obra pudiéramos decir nosotros, se lo sugerirá al espectador la nota que ofrecemos. Sobre cada uno de estos murales han escrito versos literatos nuestros, estampando estrofas Juana de Ibarbourou, Luisa Liusi, Sarah Bollo, Sabat Erceasty, Emilio Oribe, Ferrero, Silva Valdes, y tal algún otro que se nos escapa. Es esta la primera ocasión que se ofrece a nuestros pintores de decorar las casas de artistas. Tal vez el ejemplo cunda. Sería una preciosa conquista que los centros sustituyesen los obscuros decorados inexpresivos, industriales, o la papelería, por estas bellas muestras que darían ambiente a los locales de las corporaciones, lo mismo las culturales que las deportivas y aun las gremiales



EL estudio del pintor



MARINEROS, con verso de Juana de Ibarbourou



LA NEBLINA densa, algodónada, persistente, que charola el asfalto de las calles y pone halos a las luminarias, que esfuma el panorama ciudadano, suavizando la agudez esquinada de las bocacalles, y que, en suma, nos da un aspecto de brumosa ciudad del Báltico, es un fenómeno reciente en Montevideo. No recordamos, sino de pocos años a esta parte, estas nieblas sobre la ciudad, envuelta en un tul, dejando lagrimones en los cristales de las vidrieras. Muestran nuestras notas dos aspectos, bellamente logrados, de la ciudad bajo la niebla, al atardecer: el uno en la plaza Constitución; el otro en la plaza Independencia



POLILLAS!

Este será el triste fin de sus ropas de verano si antes de guardarlas no las envía a limpiar.

La Suiza
TINTORERIA

CASA CENTRAL- BUENOS AIRES 579
1177 CENTRAL- LA COOPERAT- 1720 AGUADA
SUCURSAL GOES- GRAL. FLORES 2380

PROPAG. ALPHA

PROSIGUEN las investigaciones para dar con el paradero de los aviadores españoles Collar y Barberán. La fotografía en alto que publicamos muestra a Barberán recibiendo los últimos datos meteorológicos en la Habana, antes de partir para Méjico. La flecha en la nota señala al cura Gutiérrez Lanza, el Martín Gil de Cuba



LA NOTA de la derecha muestra a RUSSELL BOARDIMAN, aviador que recientemente estableció un record de larga distancia con su vuelo desde Nueva York a Stambul, y que ahora se prepara para un nuevo vuelo desde Nueva York a Roma, acompañado por la señorita Miss Rosetta Valenti, que aparece en la nota señalando en un globo terráqueo el itinerario

EXTERIOR



LA ULTIMA nota, tomada en Orbetello, base aérea italiana cerca de Roma, muestra al General Balbo y la tripulación de su flotilla aérea, momentos antes de iniciar el vuelo a Chicago, realizado felizmente

PARA ESCRIBIR SIN FALTA
DICCIONARIO ORTOGRAFICO
PALABRAS DE USO FRECUENTE Y EXCELSAS

Mandanos la obra, fuerte pago, a quien envíe hoy este CUPON y \$10.00 en estampillas, para dar a conocer el nuevo CATALOGO DE ESTUDIOS POR CORRESPONDENCIA, que escribamos junto con la obra.

ENSEÑAMOS POR CORRESPONDENCIA:
CURSOS COMERCIALES: Tenedor de Libros, Cajero, Ingreso a Banco y Entes Automáticos, Contabilidad Mercantil y de Ectancias, Ortografía, Caligrafía, Teología, Inglés, Francés, Dactilografía.
CURSOS TECNICOS Y OTROS: Ayudante de Ingeniero, Sobrestante, Dibujo Industrial, de Arquitectura, de Máquinas, de Carpintería e Instalaciones, de Ornato y de Figura, Perspectiva, MECANICA, ELECTRICIDAD, MATEMATICAS, Preparaciones para Magisterio, Concursos, Ingreso Universidad y Liceos, PROCURADOR, etc.

Escribanos hoy mismo: marque con una X el curso que le interesa y recibirá CATALOGO y Lección de Prueba, gratis y sin compromiso alguno para Ud.
Sico Ariel ZADALA 1415 MONTEVIDEO
CUPON:



LOS NAZIS han intentado llevar a Austria sus doctrinas hitleristas, sin lograrlo, promoviéndose diversos incidentes, uno de ellos de particular trascendencia en la ciudad de Krems, resultando soldados y policías muertos y heridos. En vista de ello el canciller austriaco Dollfuss dió un decreto poniendo fuera de la ley, en Austria, al partido Nazi y sus actividades. Nuestras notas gráficas se refieren a esos sucesos. Aparece en alto una joyería perteneciente a un judío, que fué muerto por una bomba arrojada por las nazis. En el recuadro el jefe de policía y líder político del Tirol, doctor Richar Steider, herido de bala en los mismos sucesos. La otra nota presenta a Dollfuss, (el de la derecha, cubierto), canciller austriaco cuya energía ha segado la posibilidad del hitlerismo en Austria



La Caída del cabello detenida

Las canas recuperan el color natural —la caspa y excesiva grasitud desaparecen.

— o le devolvemos el dinero

Es un tratamiento nuevo, ensayado y estudiado durante varios años. De notable acción tónica sobre el cuero cabelludo, de precio económico, agradable de usar por su suave perfume. No mancha, no ensucia.

La nueva loción capilar
OSSATAN

Ahora Vd. puede detener la caída del cabello, corregir las canas y evitar la calvicie en forma agradable y segura, y por menos de la mitad del dinero, usando la Loción Capilar Ossatán. Nosotros garantizamos los resultados del tratamiento devolviendo el dinero gastado si fallara.

"Rejuvenece" el cuero cabelludo

y mantiene el cabello sano y bien peinado

La Loción Capilar Ossatán detiene la caída del cabello porque "rejuvenece" el cuero cabelludo y "vitaliza" sus vasos y nervios. Elimina la caspa. Corrige las afecciones seborreicas. Estimula el desarrollo del vello común en las calvas hasta convertirlo en cabello vigoroso. El cabello caído — siempre que no sea una calvicie muy inveterada, — volverá a crecer. Con el uso de la Loción Capilar Ossatán las canas recobran el color natural de la cabellera, sin teñirlas, porque normalizado el funcionamiento del cuero cabelludo, éste vuelve a suministrar al cabello el pigmento necesario. Librese usted de las afecciones del cuero cabelludo en forma agradable y segura usando Loción Capilar Ossatán al peinarse. Se vende en las buenas farmacias y en la sucursal uruguaya de los

LABORATORIOS VINDOBONA
ANDES 1338 — PISO 3.º — MONTEVIDEO

FOLLETOS GRATIS. Llene y remítanos el cupón HOY

Pedidos del Interior se sirven en el día

Loción capilar
Ossatan

LABORATORIOS VINDOBONA D.O.S.1
Andes 1338 (piso 3.º) Montevideo

Sírvase enviarme gratis el folleto sobre la Loción Capilar Ossatán.

NOMBRE

CALLE No

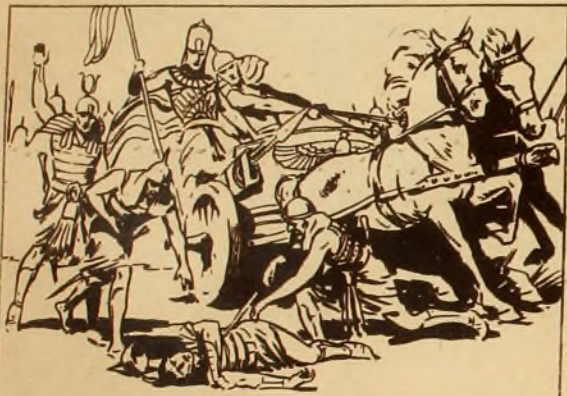
CIUDAD Dpto.



Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

LA CAZA DEL HOMBRE



MIENTRAS EL JEFE YACIA ABATIDO POR LA LANZA DE TARZAN, LOS CONDUCTORES SE REUNIERON A SU ALREDEDOR. NO RECIBIENDO MAS ORDENES.....



.....LO TRANSPORTARON AL GRAN TEMPLO.



EL CUERPO FUE CONDUcido A PRESENCIA DE TUTANKEN, HIJO DEL GRAN FARAON. FUE TUTANKEN QUIEN HABIA SAVADO A TARZAN, PERO AHORA SUS ORDENES ERAN APREHENDER A TARZAN VIVO O MUERTO.



SE DESTACARON TROPAS ARMADAS DE ARCOS Y FLECHAS, A TRAVES DEL DESIERTO.



TUTANKEN SEGUIA, ACOMPAÑADO DE LA PANTE-
RA NEGRA.



TARZAN ESCONUIDO ENTRE
LOS ARBOLES DISTINGUIO
A LOS SOLDADOS EN BUSCA
SUYA.



ESPERO HASTA QUE UNO DE
ELLOS ESTUVIERA SOLO Y
APARTADO DE SUS COMPAÑE-
ROS.



EL ATAQUE FUE TAN SILENCIOSO Y TAN RAPIDO,
QUE EL SOLDADOS NO TUVO TIEMPO DE DAR EL
GRITO DE ALARMA.



TARZAN SE APODERO' DEL ARCO Y DE LAS FLE-
CHAS DEL SOLDADO Y DESAPARECIO' ENTRE LA
ARBOLEDA.



GORO, LA LUNA, SE HABIA ELEVADO EN EL FIRMA-
MENTO; SIN EMBARGO LOS SOLDADOS NO HALLA-
RON RASTROS DEL HOMBRE MONO.



PERO TUTAMKEN ESCUDRIÑABA ENTRE LOS AR-
BOLES, CON SU PANTERA NEGRA, LA CUAL PRE-
CISO POR EL OLFATO, LA SITUACION DEL HOMBRE
MONO.



SE FUERON APROXIMANDO CON CAUTELA HASTA
EL HOMBRE MONO, QUE DORMIA.

H. Foster